



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

siente culpable y es, efectivamente, culpable....quiere decir que no es sólo una minoría la que se encuentra culpable, culpable de incompetencia, culpable de corrupción, culpable de debilidad, culpable de tiranía. Aún si hay opresores, los oprimidos son culpables de haber telgado a sus opresores, de haberlos, incluso, admirado. La multitud que cubría de salivazos los cuerpos de los emperadores romanos o el cuerpo de Musolini, sabía perfectamente que había tenido su parte en el despatismo, y se juzgaba a sí misma encarniéndose sobre el déspota caído.- Hay culpa y mala consciencia en todas las clases, porque hay culpa y mala consciencia en todos los hombres. Hay también en todas las clases, en todos los hombres, posibilidad de descargarse de la culpa, de arrojársela sobre las demás clases, sobre los demás hombres -con preferencia sobre los vencidos-, sobre las instituciones y sobre la estructura misma de la sociedad. Así el hombre que se encuentra en una situación material miserable, el "fracasado", puede siempre alamar contra la injusticia social o contra la falta de honradez del competido que le ha arruinado, principalmente si ha sido víctima de su propia incapacidad - en conducir los negocios. Así el hombre al que su mujer ha engañado - puede matar al amante de esta mujer viendo, a través de su rival, su propia derrota, tratando de matar la imagen de ésta derrota. Ahora bien, la Revolución no aparece como un medio de remediar las injusticias, de llevar el bienestar a los que de él están privados, aparece como una -

gran purificadora. Afirma su voluntad de expulsar del cuerpo social a los elementos criminales y corrompidos, de devolverle la salud moral y la virginidad. Ella es, pues, el medio por el cual una comunidad humana se descarga de su sentimiento colectivo de culpabilidad sobre una minoría, que se convierte en depositaria y símbolo de aquélla, y que debe desaparecer para que desaparezca el pecado de todos. La Revolución tiene necesidad de criminales porque tiene necesidad de víctimas; tiene necesidad de víctimas porque asume, al mismo tiempo que su papel de nueva distribuidora de las riquezas, á de transformadora de las instituciones, un papel de sacrificadora. Es la más vasta empresa de brujería social, y no hay brujería sin pollo degollado, sin niño degollado, sin los atributos de la muerte. Los aristócratas en la revolución de 1789, los burgueses en la revolución marxista, los judíos en la revolución nacional-socialista son exterminados no tanto porque sean realmente culpables, sino porque se necesitan culpables, porque la sociedad no puede encontrarse en estado de virginidad revolucionaria en tanto que no haya expulsado de su cuerpo el espíritu de la corrupción, el espíritu del mal; y no hay otro medio para conseguir lo que es de encarnar el espíritu del mal en una minoría destinada al sacrificio y de destruirlo en el cuerpo de esta minoría: "He aquí a los culpables. Que ellos desaparezcan y nosotros seremos todos inocentes". Es verdaderamente imposible dar cuenta, de manera satisfactoria, del fenómeno del Terror sin descender a las profundidades, toda-

via mal exploradas de la religiosidad social, sin examinar la revolución como fenómeno religioso... religioso, es decir, aducido al sacrificio humano como un elemento de su ritual, como el signo de su función sagrada. El lugar común de las justificaciones habituales del Terror está en la comparación del advenimiento sangriento de las sociedades revolucionarias con el nacimiento biológico: "La violencia es la comadrona de las sociedades". Esta justificación revolucionaria del Terror es exactamente la misma que la justificación reaccionaria de las guerras, tal y como ha sido profesada muchas veces, por ejemplo, por el belicismo alemán. Tiene exactamente el mismo valor. Este no es un valor racional, pues no disponemos de ningún elemento científico que nos permita asimilar el desgarramiento de las mutaciones sociales a los sufrimientos del parto, y nada nos prueba, por otra parte, que el dolor de la madre sea indispensable para que el niño venga al mundo. Es un valor poético, lo que no debe asombrarnos, puesto que el Terror es precisamente la poesía de las Revoluciones.

No se sabe nada del Terror si uno se obstina en considerarlo solamente como una penosa necesidad, nacida de las perturbaciones revolucionarias, impuesto a los gobiernos cuando quieren defender y proseguir la obra revolucionaria. El Terror está ligado a la Revolución por un lazo más irracional y más radical. No es solamente el instrumento de la Revolución, en el está el ritual de conjuración y de purificación,

la pompa litúrgica, el oficio y el Misterio.

El Terror y lo sagrado

Es decir, que no podemos darnos cuenta del fenómeno terrorista en tanto no reconozcamos la función religiosa del mito revolucionario. La revolución es religiosa en su principio mismo, puesto que se coloca con respecto a las religiones existentes como un competidor y un adversario, puesto que hace brillar para el hombre una esperanza de salvación, puesto que pone en tela de juicio toda la condición humana y pretende aportar a los problemas planteados por sus imperfecciones una solución integral y definitiva...o definitivamente progresiva. Como las demás religiones, reivindica totalmente el dominio de la angustia humana que pretende calmar totalmente. Es la fuente de toda sed y la clave del misterio universal. Todo está subordinado a su triunfo. Todo lo que le es opuesto debe cederle el paso o desvanecerse, humillarse delante de él. - Las otras religiones hacen, lo quieran o no, el juego a las clases privilegiadas invitando a los hombres a reconocer en sus desgracias, - las - que en su mayoría resultan de una mala organización económica, de la explotación, de la explotación y de la ignorancia-, los signos de una debilidad absoluta e irremediable de su naturaleza, incitándoles a resignarse en la espera de una compensación celestial. La Revolución procede de manera inversa, pero simétrica, a una confiscación en provecho propio - de todas las razones que sirven los hombres para estar descontentos de-

su suerte, haciéndolos creer que todos los problemas, incluso los revueltas inherentes a toda existencia, los de la vejez y la muerte resultan de una mala organización social o de una técnica insuficiente y serán resueltos por los progresos de instituciones siempre perfectibles. "Ayúdame a vencer, dice ella, y tu tendrás acceso, si no en tu persona, al menos en la persona de la humanidad venidera a la condición divina, puesto que borrarás de la tierra el mal y la desgracia". Anexionando en su propio provecho la región de la angustia religiosa, como las demás religiones anexionan en el suyo la región de la miseria social, apropiándose abusivamente del dominio de lo irremediable como las otras religiones se apropian de todo aquello que es posible remediar por los medios humanos, reivindica en su provecho el universo irracional del miedo y de la esperanza, de la culpabilidad y de la veneración, y hasta las tenebrosas profundidades de los impulsos biológicos, el delirio erótico y asesino al cual las antiguas religiones ofrecían las brutales satisfacciones de las bacanales y de las guerras santas, las celebraciones solemnes de los cultos, las peregrinaciones, el dispendio y la embriaguez de las fiestas, las hipóstasis sublimes de las ceremonias esotéricas, de la unión mística y de los grandes símbolos sacrificados. No es más que al profundo y misterioso deseo de la nada que habita en el fondo del hombre al que ofrece las posibilidades de satisfacción en la muerte al servicio de la causa del proletariado y el perinde

ac cadaver de la disciplina total. Es en las Revoluciones modernas, en la veneración de que están rodeadas sus ideas, sus hombres representativos y sus emblemas, en el fanatismo y el valor sin límites - de sus militantes convencidos donde se afirman, mejor que en el resto de las manifestaciones de la vida colectiva, las nuevas formas - de los Sagrados. La Revolución es al mismo tiempo el Dios con su semblante de ruda justicia y de esperanza, el Destino con su semblante de fatalidad, la Iglesia con sus capellanes, su disciplina, sus penitencias y sus excomuniones, la Fiesta que uno da a su divinidad - con su carácter explosivo y liberador, su destrucción de riquezas acumuladas, su alegría dionisiaca, su doble carácter destructor y - germinador, la Guerra que uno hace por la divinidad con la prueba - que ella da de la verdad con la victoria, el triunfo de los puros - en el heroísmo y la brutalidad, la exterminación de los infieles. - Finalmente, es la Muerte, porque la Muerte está presente con su resplandor ora visible ora invisible, pero continuo, en el centro de - todo pensamiento religioso. No hay Revolución sin Muerte. La Revolución sin la Muerte no es mas que un "reformismo" administrativo, privado de todo calor exaltante. La Revolución sin la Muerte deja de - ser sagrada.

He aquí, pues, a la Revolución levantada sobre su pedestal, lle-

vando al frente el lema del amor a los hombres, pero en la mano la espada de fuego. Terrible porque el terror no es solamente el medio de espantar, sino también el de seducir. El guerrero, el aventurero, el bandido seducen porque son matadores. La Revolución es una matadora. Pero es más que una matadora, es una matadora divina. Ella no mata, ella fulmina. Esos cadáveres que forman una alfombra de sangre a sus pies, esos malditos plegados bajo las cadenas, que ha enganchado detrás de su carro afirman que el crimen de oponérsele, no es únicamente temeridad, sino un reto sacrilego, locura sobrestimada de la que es posible y lícita para la fuerza y la razón del miserable individuo humano. Es doblemente implacable, porque es la ciencia, y la ciencia trata a las masas humanas como realidades objetivas y estadísticas; la ciencia no reconoce adversarios, sino solamente obstáculos que se eliminan, animales dañinos que se destruyen....y porque es la fé, y la fé no transige. Ella demanda el servicio de los más viejos instintos y el de los más nuevos cálculos. Es el fuego bajo todas sus formas, la estrella de los Reyes Magos, la luz del amanecer para los hombres, el fuego artificial de la alegría popular y el fuego del incendio. Es el Baal-Moloch de las viejas sociedades asiáticas, el dios carnívoro al que se ofrecen, a falta de cautivos que degollar, los jóvenes y doncellas elegidos entre los más puros de la ciudad, y como él pediría víctimas aunque no tuviese adversarios. Es la Historia deificada, es, para la adoración y el temor de todo lo que

en el hombre pide amar y tener, la estatua gigante elevada en la edad de los ingenieros, el ídolo de hierro.

Medio de gobierno

Podría muy bien resultar de lo que antecede que el campo del Terror crece, en las sociedades modernas, con la profundidad del desequilibrio social y la obsesión consciente o inconsciente de la culpabilidad o, de una manera más general, con la confiscación por la física social del sentimiento religioso, abocado mucho tiempo a la adoración de los misterios naturales, y después a la adoración del misterio metafísico de la condición humana por la consagración de la Historia. Si es uno de los más potentes exorcismos de que dispone el hombre moderno para descargarse del peso de su destino, y del peso de su impotencia frente a ese destino. No puede dársele una explicación que sea solamente instrumental. No responde a utilidades propiamente políticas, o al menos no responde a la utilidad política de movilizar, en provecho de la revolución, las potencias destructoras latentes en todo universo humano y de satisfacer, mediante actos de sacrificio, el instinto religioso que ha quedado disponible. Es por ello por lo que se convierte inmediatamente en el medio de defensa de los jefes revolucionarios frente a las fuerzas peligrosas que la explosión insurreccional ha dejado en libertad.

No se pueden desencadenar las revoluciones sin desencadenar las fuer

zas mortíferas, y no se pueden desencadenar las fuerzas mortíferas más que con la condición de ofrecerles presas. Hay una pitanza al final de la caza. Puede ser de buena política autorizar la necesidad de matar, puesta de manifiesto por la ruptura de los cuadros sociales que la contienen en el inconsciente colectivo, consentir hasta una cierta depresión hasta una cierta fatiga. El Terror es una garantía de tranquilidad, o puede parecerla, en los años que siguen al Terror. Los hombres agotados por el Terror son para sus jefes políticos lo que es para una mujer un marido agotado por el libertinaje; ~~ellos~~ están castrados políticamente, y es fácil gobernarlos.

No obstante, las cosas no son tan sencillas en la realidad. El esquema nos muestra, con el rigor admisible, el terror de 1793 que ha sido, todavía imperfecto, el esbozo del Terror revolucionario moderno. El Terror de 1793 no se prolongó, en efecto, más allá del punto en que la crisis revolucionaria alcanzó su máxima intensidad. Además, es preciso tener en cuenta que si se interrumpió repentinamente en su acción fué por un cambio violento en el personal político, determinado por una conspiración, en la que los instigadores no estaban, por cierto, libres de reproches, ni de intenciones impuras, conspiración que no debió, en suma, su éxito más que al apoyo, o a la neutralidad eventual, de un pueblo abrumado por el abuso de la guillotina. La dictadura de Robespierre y del esta

do mayor terrorista fué derribada por hombres a los cuales esta dictadura ponía en peligro inmediato de perder las vidas y los bienes, y - que, seguramente, se aprovecharon de la postración de la opinión de París en un momento en que las carretas atravesando el suburbio de Saint Honoré habían cesado de excitar la alegría popular y de fomentar el - comercio. Es cierto, que sin el éxito de esta conjuración el Terror se hubiese prolongado largo tiempo todavía, y es probable que hubiese tendido a instalarse, a convertirse en permanente, en tomar la forma institucional con nosotros lo hemos conocido en nuestra época en la URSS.

De aquí se deduce que es posible que el pueblo se fatigue pronto del Terror, que no le agrada más que cuando coincide con la explosión liberadora de su propia violencia, largamente contenida, pero que los jefes se cansan del Terror más tarde que el pueblo. Para éste el Terror no - es mas que una fiesta, un momento de desencadenamiento de fuerzas insociables y de subversión de los valores; para los jefes tiende a convertirse en método de gobierno. De aquí resulta también, que algunos meses o años de terror están lejos de dar a los responsables del mismo - la certidumbre de que podrían aflojar las riendas de un pueblo fatigado y dócil. La postración engendrada por el Terror puede, muy bien, tomar la forma de revuelta activa y tomarse contra los terroristas. He-

nal o de la rivalidad de intereses que le oponga a cualquier otro individuo más influyente, o de la necesidad de un ejemplo colectivo. Innumerables rusos han perecido por el simple hecho de que eran hijos de mencheviques, o de kulaks, o porque habían mantenido relaciones de orden privado con un súbdito extranjero. Aun suponiendo que toda la antigua clase dirigente y toda la oposición ideológica hayan sido suprimidas del gran margen de sospechosos que pueden descuartisarse sobre los bordes de uno y otro, queda todavía, en la clase victoriosa, numerosos elementos impuros y peligrosos. No solamente los que pertenezcan a comunidades religiosas o étnicas juzgadas inadmisibles, no solamente los especuladores, los positivistas, los outlaws de todas las clases y delinquentes de derecho común, cuyas actividades y ejemplo amenacen pudrir la nueva moral revolucionaria, sino además todos aquellos que se salgan de la línea y caen en las herejías oportunistas, todos aquellos que comprometen la edificación revolucionaria o la seguridad de las conquistas de la revolución por una falta militar, una negligencia o un trabajo defectuoso. Así es como, en lo que se refiere a la Revolución soviética rusa, que es el objeto principal de estas notas, el Terror ha sobrevivido no sólo a la guerra civil para la conquista del poder, sino además a la consolidación del poder, para convertirse, a partir de 1925, en un efecto inherente al ejercicio mismo del poder, y para permanecer todavía en nuestros días, sin que ningún indicio pueda -

hacer suponer que en 1951 el instrumento del Terror del Estado esté en vía de desaparición o pueda orientarse en fecha próxima por esa vía. La destrucción de la antigua aristocracia y de las formaciones militares-contrarrevolucionarias de la guerra civil, la destrucción de la oposición menchevique, la exterminación de los "marinos de Kronstadt", las de los kulaks y subsiguientes, la matanza, la deportación masiva y la liquidación, por la confiscación de las cosechas, de los labradores refractarios, la lucha inexorable contra el trotskismo, las purgas sucesivas cuya primera señal fue dada por el asesinato de Kirev, los procesos de los antiguos compañeros de Lenin, las dos fases del terror en los países bálticos, en 1940 y después en 1945, el aniquilamiento de los cuadros de la antigua nación polaca, la de los "alemanes del Volga" y la de los numerosos elementos ucranianos o caucásicos que habían acogido demasiado bien la invasión de los ejércitos del III Reich, no han sido mas que los episodios principales, sucesivos o simultáneos, de una depuración que ha conocido paroxismos en los períodos de perturbación interior o de guerra, pero que no ha conocido treguas verdaderas. Una vez impuesta al conjunto de los territorios sometidos al nuevo Estado revolucionario la presión de la policía política, no ha sido esta relajada jamás sino en un grado muy pequeño, en virtud de pasajeras consideraciones de oportunidad.

Es preciso añadir, en lo que concierne particularmente a la Revolu-

ción rusa, un potente elemento capaz de jugar y seguir jugando, en favor del Terror institucional permanente, un papel determinante. Este ha sido la creación de una vasta organización que, nacida del Terror, contribuye a perpetuarlo porque aporta al Estado soviético una enorme mano de obra servil cuyo empleo ha llegado a ser indispensable para la realización de los planes sucesivos de armamento. El Estado soviético necesita culpables porque tiene necesidad de condenados, y necesita condenados porque precisa del trabajo forzado. La liquidación de la organización terrorista significaría el retorno a las actividades libres de una enorme masa de trabajadores, si se hace caso de las informaciones de observadores serios, los cuales estiman en 19 millones de rusos y 4 de extranjeros la cifra de los internados sometidos al trabajo penitenciario. Si se piensa que ésta es casi la quinta parte del total de la mano de obra de que dispone la URSS, se mide la importancia de la perturbación económica que produciría la desaparición del régimen terrorista.

Pero es preciso todavía ampliar el problema. La Revolución rusa es desde luego, económica. Y siendo revolución económica ha tenido que sustituir con un nuevo sistema de sanciones el que en las sociedades capitalistas mantenían a un alto rendimiento las actividades sociales.

Estas sanciones, consecuencia en principio de las leyes naturales del sistema, eran para el emprendedor, en caso de gestión desgraciada, la quiebra y la ruina, arrastrando del descrédito social; para el asalariado el despido, arrastrando el paro forzoso y la miseria. Sanciones terribles y cuyo efecto, a menudo ciego e injusto -pues muchos de los asalariados eran despedidos sin un motivo válido, otros eran reducidos a la situación de paro forzoso por razones distintas a las de una falta personal y muchos negociantes eran arruinados a pesar del cuidado y de la competencia con que llevaban sus negocios- creaba, por lo menos, una competencia severa para la cual aquéllas eran un enérgico estimulante. Obligados, bajo pena de muerte, a mantener rendimientos iguales, si no superiores, precios de coste iguales, si no inferiores, a los del capitalismo con el que está en competencia vital, el régimen soviético reemplaza, para mantener el ardor en el trabajo y la vigilancia en el mismo, las sanciones del mercado por las del Estado. El arresto del director de fábrica sustituye a la quiebra, la deportación al despido, el trabajo servil al paro forzoso. Las sanciones del Terror sustituyen a las de la competencia, de manera que el Terror - propiamente revolucionario es sustituido por el Terror post-revolucionario, sin límite previsible de duración.

Así es como una ojeada sobre la historia de la URSS, en el curso del tercio de siglo que ha transcurrido desde las jornadas de octubre, nos permite apreciar claramente tres periodos o etapas del Terror. El primero es el de la explosión revolucionaria y de la conquista del Estado. En él, el Terror tiende a paralizar al adversario, a desanimarle privándole de sus jefes, a destruir sus formaciones armadas, a convencerle de la inutilidad de la resistencia, a forzar los resortes del poder; los terroristas se dejan llevar por la violencia popular en sus formas más anárquicas, tratando de utilizarlas para sus propios fines y de mantener el control. En el segundo periodo, la Revolución se instala en el poder y procede a la eliminación progresiva de los adversarios, todavía capaces de resistir, y de las categorías sociales desposeídas de las cuales podrían surgir nuevos adversarios. Llega también a reducir, con todos los medios de la fuerza que ha conquistado, las tendencias anárquicas que se ha visto obligado a tolerar en el primer periodo y hace sentir el freno al pueblo, que por un momento se había visto libre de él. Finalmente, en el tercer periodo, la organización terrorista fija su estatuto definitivo, así como la forma nueva y totalitaria de la violencia del Estado para aplastar en germen toda tentativa de oposición, toda desviación doctrinal, para mantener la disciplina militante, conservar el ardor en el trabajo y proporcionalizar a las

grandes tareas de armamento una mano de obra forzada. Es el Estado policiaco. En esta última forma, el Terror parece adquirir un aspecto de rutina administrativa, pierde el prestigio que le había dado su romanticismo de combate, su alianza con el gran mito destructor, la ardiente y pródiga embriaguez de sangre de las primeras batallas. Sería un gran error creer que cesa desde ese momento de hacer su llamada a las profundidades primitivas en las que tiene su origen. La Revolución triunfante conserva a su servicio, para volver al orden, el prestigio del misterio sacrificador, que ha hurtado a las viejas religiones, para incorporarlo a su propio universo. La fiesta termina, el rito se instituye. La orgía del Terror se convierte en la Iglesia del Terror.